

Espíritu universitario

Javier Sicilia

La Universidad sería impensable sin la voluntad y sabiduría de José Vasconcelos. A partir de la historia de las universidades en Europa y el continente americano, Javier Sicilia desentraña el pensamiento de este visionario cuya perspectiva y aportaciones (como la Autonomía) han hecho de la UNAM la institución de educación superior más importante de nuestro país.

Un hombre es la suma de sus claroscuros que desatan a veces fuerzas descomunales. En Vasconcelos desencadenaron un gran viento que puso en marcha una de las obras de construcción y de reforma de la educación y de la cultura como nunca más se ha vuelto a realizar en México. En él, no sólo la lucha de los ateneístas —que se lanzaron contra la ideología positivista (1908) y fundaron la Universidad Popular (1912)— encontró su guía y su articulador, sino que la universidad —que nació en la tradición católica europea del siglo XII y que Justo Sierra intentó refundar en México durante el porfiriato— redescubrió su espíritu original que había perdido desde que se fundó en México. Con Vasconcelos también, el gobierno reconstructor de Obregón pudo tener una plataforma de unificación nacional mediante la educación y la cultura, y las luchas antirreeleccionistas un símbolo alucinado y descomunal.

Hijo de la catolicidad y del liberalismo en un país conservador y jacobino, los católicos le perdonaron su participación en el gobierno de Obregón, su sexualidad adúltera, su desprecio por el matrimonio y la procreación, y sus exabruptos contra la Iglesia por su retorno sumiso a ella; los gobiernos emanados de la Revolución, a pesar de los beneficios que trajo al país su reforma

educativa y cultural, nunca le perdonaron su oposición y los duros insultos que les propinó en sus artículos y en su autobiografía. Sin embargo, Vasconcelos tuvo la virtud de unificar lo mejor de la tradición católica con lo mejor del pensamiento liberal para recordarnos, a través de la aplicación de su monismo estético, de su concepción sobre el mestizaje y la raza cósmica, y de su hispanoamericanismo, el valor fundamental de la educación y de la cultura en el mundo de lo humano.

Aunque el tema de sus años como rector de la Universidad Nacional y ministro de Educación Pública (1920-1925) ha sido exhaustivamente tratado en el libro de Claude Fell, *José Vasconcelos, los años del águila*, aunque sobre su vida y su obra se han escrito infinidad de libros y artículos, el quehacer educativo de José Vasconcelos, que nació durante el año que pasó como rector de la Universidad, vuelve a interpelarnos a inicios del siglo XXI cuando a más de cuatrocientos cincuenta años de su fundación en México la Universidad pasa por una grave crisis y nos pide una recapitulación.

La razón de esa crisis es simple, pero profunda. Desde la caída del muro de Berlín, la usurpación que ha hecho la economía del espacio político, su invasión en todos los ámbitos de la cultura, la globalización y el vertigi-

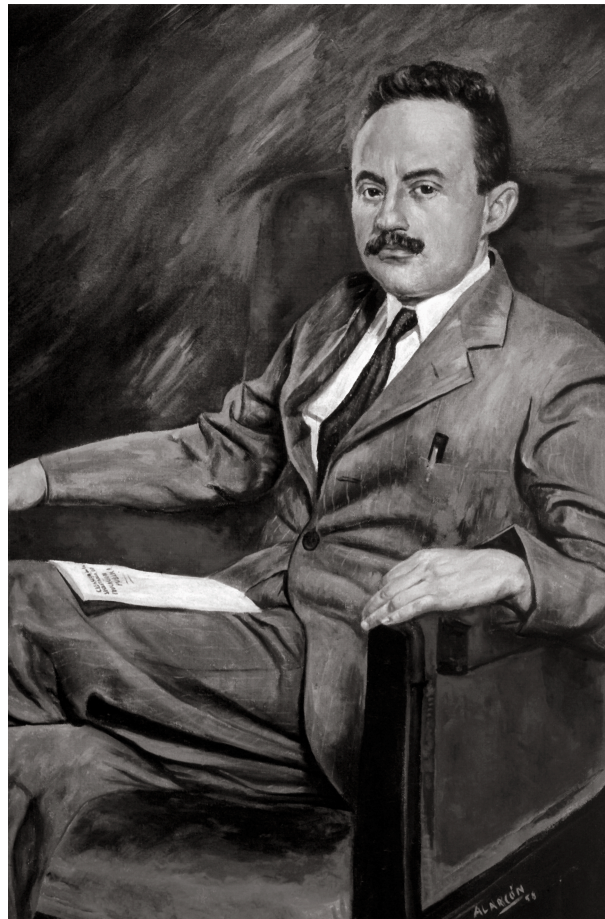
noso desarrollo de la computadora han intentado transformar a la Universidad, cuya naturaleza propia es el saber, en una institución de información al servicio de las empresas. En la actualidad, las humanidades, como en la época del positivismo que combatió Vasconcelos, se ven con desprecio y la ciencia se ha ido convirtiendo en investigación financiable.

Desde hace veinte años, como lo mostró Hartmut von Heiting durante su conferencia de despedida de la Universidad de Bremen, la “ciencia” que se realiza en las universidades e institutos de investigación perdió “sus razones para aspirar al respeto o a la credibilidad”. “Se convirtió —agrega Iván Illich— en una empresa venal que se vende al mejor postor, desde los ministerios hasta los medios de comunicación. Se hace la importante mediante el exhibicionismo administrado”. El concepto base sobre el que se desarrolla es el de “banco de datos”.

Hoy día, los pedagogos y los astrónomos, los biólogos y los especialistas en tecnología genética, los sociólogos y los ingenieros “bombean” datos a “bancos” en donde se les conserva antes de ser sometidos para su clasificación a la consideración de gremios dominados por la misma especie de productores de datos, para luego, si las empresas y los gobiernos están interesados, convertirse en investigación financiable. El saber, que ha sido la base y el sustento de la Universidad y de la preparación educativa de las instituciones que la anteceden, se ha ido degradando para convertirse en una mera institución al servicio de un desarrollo económico sin criterio ni límite que ha dado paso a esa realidad híbrida llamada el tecnológico.

Estas crisis de las universidades han repercutido también en el ámbito de la educación primaria y media, y en la cultura. El imperio de lo económico ha ido desalojando de las escuelas los parámetros éticos de servicio para fomentar un mundo individualista y competitivo. El saber ha dejado de ser la prioridad, y la acumulación de datos, es decir, la pura información, se ha convertido en sinónimo de conocimiento; la cultura ya no expresa el *ethos* nacional, sino las modas del mercado global y de la publicidad. El texto, lentamente concebido en los escritorios medievales, dotado de alas por la imprenta y base del nacimiento de la Universidad, se ha vuelto un elemento complementario de la formación.

Aunque el Vasconcelos de los años veinte no vio lo que ahora vemos, ni se imaginó que su tan amada Universidad —que concibió como rectora del destino nacional y de un mundo humano que regeneraría a los oprimidos— estaría presionada por intereses económicos, la defensa y la reconstrucción que hizo de ella contra los caudillismos revolucionarios y contra las secuelas positivistas que le había enquistado la dictadura de Porfirio Díaz, lo colocan hoy en día en una posición inmejorable para hacernos pensar en el sentido que tiene



José Vasconcelos en una pintura de Alarcón, 1958

la Universidad y mantener su defensa. Pero para saberlo, y saber lo que aún Vasconcelos tiene que decirle a la Universidad y al México de hoy, es necesario volver a los orígenes de la misma.

La tesis que aquí intento defender es que, como lo mostró el propio Vasconcelos, la Universidad no necesita ni del abrigo de las ciencias, ni del financiamiento de las empresas para afirmar su razón de ser.

La Universidad nació antes que la ciencia y antes que la economía. Ella formó la cultura occidental y el reconocimiento de la dignidad de lo humano. Esto lo sabía Vasconcelos al reformar una Universidad mexicana que desde su fundación en 1551 había perdido su sentido y su vocación original. Lo dijo de manera sintética en el lema, “Por mi raza hablará el espíritu” —lema que habla del sentido espiritual y trascendente de la educación— y en su discurso de toma de posesión como rector, cuando alertaba contra la pérdida del sentido civilizador y de servicio con el que nació la universidad en el siglo XII.

EL NACIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD, UNA INSTITUCIÓN CRISTIANA Y EUROPEA

La Universidad, como bien lo entendió Vasconcelos que inundó a la nación de libros y de bibliotecas, es inseparable del libro. Es más, se podría decir que nació con él.



Jean Charlot, *Escudo de la Universidad Nacional de México*, detalle del mural de la escalera en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1922

Hasta antes del último tercio del siglo XII el libro no existía como lo conocemos hoy. En los colegios monásticos la lectura no era un acto solitario o común sobre las páginas entretejidas de un texto sabiamente compuesto, sino una forma de escuchar que se llamó *lectio*. El lector se plantaba delante de un pergamino sin títulos, sin palabras separadas, sin márgenes y sin puntuación, y se ponía a recorrer con la voz los signos contenidos en las *voces paginorum* (las páginas cantantes) frente a la recepción acústica de sus oyentes.

Leer y aprender era así un acto ruidoso, y el *scriptorium* monástico, a diferencia de lo que la imaginaria nos ha enseñado, un sitio lleno de estrépito que dejaba de funcionar a la hora en que la regla prescribía “gran silencio”.

Según Illich, a partir del segundo tercio del siglo XII, entre 1130 y 1200, un conjunto de transformaciones en el texto provocó una revolución brutal.

Así, el *liber*, en el siglo XIII, no sólo se redujo de tamaño y se volvió objeto de propiedad privada (ya no era el enorme *codex* de pergamino que a principios del siglo XII se llamó “viña del texto”, sino que también había dejado de ser un instrumento acústico para convertirse en uno óptico y crear una reforma institucional que dio paso a la universidad. Ya no se trataba del dictado rítmico de un lector y de un acto rumiante por parte del escucha, sino de la interiorización de la armazón intelectual de un texto leído por todos. La lectura pasó del ámbito de la experiencia espiritual y ascética de los co-

legios monásticos (la *lectio divina*), a la lectura crítica y analítica de las universidades; surgió un aprender que ya no formó parte de la ascética de los sentidos y de la educación de la interioridad que quedó reservada a los conventos; surgió también la *causa instrumentalis* en la escolástica temprana, es decir, el concepto de que ciertas cosas, exteriores a la persona, pueden ser medios para alcanzar fines de la misma.

A partir de estas transformaciones del siglo XII —que adquirirían un desarrollo descomunal con el nacimiento de la imprenta en el siglo XV— la universidad, que nació en París en 1150, se extendió por toda Europa. Frente a las ambiciones mundanas, la universidad buscaba elevar al hombre por encima de sus necesidades y espiritualizarlo, ayudarlo a descubrir el sentido trascendente de su existencia mediante el conocimiento de la fe y de la realidad por medio de la razón. Fue una de las obras mayores de la cristiandad en su tarea por civilizar a un mundo bárbaro, desorientado y desconcertado. Sin el libro y la universidad hubiesen sido impensables Abelardo, san Bernardo, Hugo de San Víctor, Raimundo Lulio, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y la consolidación de Europa.

LA FUNDACIÓN Y LOS AVATARES DE LA UNIVERSIDAD EN MÉXICO

La universidad llegó a México varias décadas después de la conquista y fue inseparable de su surgimiento en España. Hacia el año 1200 —después de que Alfonso VI, en la segunda mitad del siglo XI, fundara en el monasterio benedictino de Sahagún un colegio que adquirió gran renombre por la excelencia de su enseñanza y los numerosos alumnos que a ella asistían— Alfonso VIII fundó un centro de estudios generales en Palencia que se ha considerado como el germen de las universidades españolas pues, en 1243, con la fundación de la Universidad de Salamanca, todas las escuelas de aquel centro pasaron a ella. A partir de entonces las universidades se fueron extendiendo por el territorio español.

Aunque Alfonso X el Sabio estableció en el código llamado *Las partidas* el papel que las universidades debían desempeñar en la vida de un país que tenía que lidiar con la invasión musulmana, fueron los reyes católicos quienes les dieron en realidad su mayor impulso.

La paz que significó para España la expulsión de los árabes y el deseo de los reyes de formar una clase que refundara la cultura católica de la nación dieron un impulso decisivo a la universidad donde se enseñaba humanidades, lenguas orientales, filosofía, jurisprudencia, teología, medicina. Nada de cuanto constituía el saber de la época dejó de estudiarse en las universidades españolas; ni ninguna restricción por parte del Estado o de las

autoridades eclesiásticas se ejerció en su interior. La enseñanza era gratuita y su régimen interno disfrutaba de absoluta independencia. Dotadas de una organización democrática, las universidades no conocieron más límites en su impulso civilizador que el que se derivaba del saber de sus catedráticos, del espíritu de la época y de sus recursos económicos.

Fue esa libertad y el apoyo recibido por los reyes los que hicieron que la universidad fuera tan vigorosa en el renacer de una cultura que salía de ocho siglos de dominación árabe e hicieron igualmente posible que, durante los siglos XVI y XVII, esa misma cultura tuviera la grandeza y la universalidad que le conocemos.

Algunos de los doce franciscanos que llegaron a México después de la conquista y muchos de los hombres que lograron poner un coto a las ambiciones de los conquistadores y de los encomenderos fueron fruto de ella (pienso en Vasco de Quiroga, en fray Pedro Lorenzo de la Nada, en fray Bartolomé de las Casas, por nombrar sólo algunos); esa misma universidad fue también la que se instaló en México en 1551. El objetivo, señala Javier Garcíadiego, “era crear una institución en la que los criollos y los mestizos pudieran ser instruidos para beneficio del nuevo país y para que no fuera forzoso estudiar en España o importar de allí a la gente preparada adecuadamente”.

El problema es que la floreciente universidad española llegó a un México ajeno a la cultura occidental y a la cristiandad europea, es decir, a un pueblo de exquisitas culturas, pero lejano al alfabeto y al libro. Además, la certificación que en 1595 hizo de ella el papa Clemente VII y que dispuso que los estudios de teología y de derecho canónico fueran autorizados por la Iglesia católica, otorgándole el nombre de Real y Pontificia Universidad de México, acotó aún más su función. Lejos de gozar de la independencia y de la libertad que tenía en España, la universidad se vio constreñida a unos cuantos libros de escolástica que la atrincheraron frente a un mundo ajeno y desconocido sobre el cual no sabía cómo incidir.

La universidad en México había nacido pobre, ajena al nuevo mundo e incapaz, por su dependencia de España, de adecuarse a él. Esa misma dependencia le exigió modernizarse y adaptarse a los nuevos tiempos europeos. Así, durante el siglo XVIII, los Borbones, al lado de la Real y Pontificia Universidad de México, fundaron varias instituciones de enseñanza superior y de investigación (el Real Seminario de Minas, el Jardín Botánico y la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos).

Las nuevas instituciones, no sólo no dinamizaron a la universidad, sino que crearon un conflicto de élites que se fue extendiendo a lo largo del tiempo. Ignorantes del mundo indígena y mestizo, ajenas a su función civilizadora, pendientes de Europa, ni la Real y Ponti-

ficia Universidad de México (que se veía en el espejo del pasado europeo) ni las nuevas instituciones creadas por los Borbones (que querían reflejarse en los pensadores ilustrados de la época) se ocuparon de la realidad del país. Eran torres de marfil, apéndices del imperio español, compitiendo entre sí en un mundo de “alfabetas” para dominarlo.

El siglo XIX y la Independencia exacerbaron el conflicto. Ya no era el mundo clerical contra el mundo ilustrado, sino la controversia entre conservadores y liberales. Si el país se había quitado de encima el dominio político español, no se había liberado de la dependencia mental que, en un mundo como el nuestro, hacía de la universidad y de las instituciones de educación superior un reducto para fabricar grupos dominantes. Algunos de los gobiernos liberales, empezando por el de Valentín Gómez Farías en 1833, la clausuraron y, siguiendo la tradición borbónica, crearon algunas instituciones de enseñanza superior en la Ciudad de México y algunos institutos científicos y literarios en provincia.

Los conservadores, sin embargo, cada vez que estuvieron en el poder mantuvieron abierta la Real y Pontificia Universidad de México. Contra las nuevas corrientes del pensamiento europeo, prefirieron la educación moral no de la universidad, sino de una clerecía miope atrincherada en ella y lejana, no sólo a la realidad mexicana, sino a la misma realidad de las universidades de Europa. En 1865, Maximiliano, que era un liberal encumbrado por conservadores, la cerró y, siguiendo la tradición adoptada por los liberales de la época de los Borbones, abrió varias escuelas profesionales adecuadas a las corrientes de la vanguardia europea.

Después de la caída del segundo imperio, los liberales, dueños ya del poder en México, decidieron mantenerla cerrada y reorganizar la educación bajo un nuevo criterio: el del positivismo, que Gabino Barreda (1818-1881) importó de Europa. El eje fundamental de la nueva educación fue la Escuela Nacional Preparatoria. A partir de ella se fundaron varias escuelas nacionales: Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros y Bellas Artes; se creó también el Observatorio Astronómico, los museos de Historia Natural y de Arqueología, Historia y Etnografía, y dos nuevas escuelas: Comercio y Agricultura.

A principios de 1881, Justo Sierra, diputado, oriundo de Campeche, educado en Mérida, en las instituciones liberales de la Ciudad de México y en el cenáculo literario de Ignacio Manuel Altamirano —ese católico liberal que con la revista *Renacimiento* intentó unir a liberales y conservadores— propuso la creación de una universidad pública, independiente, que reuniera a la Normal, a la Preparatoria, a las escuelas profesionales que se habían creado y fundara una nueva escuela que se dirigiera a la formación de profesores y de investigadores de alto nivel.

El proyecto no prosperó; progresó, en cambio, otro, que nació casi muerto. Entre 1895 y 1896 los conservadores volvieron a erigir una Pontificia Universidad Mexicana. Sin embargo, lejos de ser una refundación de aquella que llegó con la Colonia, adecuada a los tiempos modernos, su exacerbado tradicionalismo y su reconocimiento como hija de la Gregoriana de Roma y no de la Universidad de Salamanca, le hizo jugar un papel poco importante.

El proyecto de Sierra resurgió tiempo después. En 1905, don Justo, que había avanzado en su carrera política, fundó la Secretaría de Instrucción Pública y, esperando tiempos mejores, envió a su discípulo Ezequiel Chávez a que analizara el funcionamiento de algunas universidades norteamericanas para que, en su momento, redactara los documentos constitutivos de la nueva universidad.

El tiempo llegó. Durante la celebración, en 1910, del centenario de la Independencia, Porfirio Díaz, que quería mostrar al mundo que ya éramos una nación civilizada, despolvió el proyecto de Sierra y lo envió a la Cámara. La Universidad Nacional de México había nacido. Pero, al igual que la Real y Pontificia Universidad de México, nació pobre y de espaldas a la nación. Si la primera, al igual que las instituciones ilustradas del siglo XVIII y que las liberales que surgieron con la Independencia, sólo sirvió para educar a una minoría dominante y ajena al México indio y mestizo, la segunda tuvo la misma función. Los científicos, a los cuales pertenecían Barreda y Justo Sierra, esos “señoritos” que, al decir de Díaz, “hacían profundismo” y que ahora habían crecido, querían ser esa élite dominante, los herederos del porfirismo, pero con una actitud nueva, adecuada a la modernidad europea y al espejismo positivista. Lo habían logrado.

Sin embargo, esas mismas instituciones habían creado también otra casta crítica que, dominada por el sueño democrático (nunca realizado en México, a pesar del liberalismo triunfante) y por corrientes humanistas, levantaba a un pueblo que la política y la universidad habían ignorado y explotado. El “libro”, que nació con la universidad y su espíritu civilizador, había mostrado desde siempre en México su otro filo: el de la dominación y la guerra.

EL ATENEO, JOSÉ VASCONCELOS Y LA UNIVERSIDAD POPULAR

En 1908, mientras don Justo trabajaba desde la Secretaría de Instrucción Pública para la fundación de la Universidad Nacional de México; mientras la Preparatoria y el espíritu positivista señoreaban la educación, y las castas intelectuales rebeldes y antirreeleccionistas se or-

ganizaban, Francisco Vázquez Gómez se lanzó duro contra la Preparatoria en su estudio *La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal*. La crítica tuvo gran repercusión en los periódicos.

El acontecimiento fue aprovechado por un grupo de jóvenes que en 1909 constituyeron el Ateneo de la Juventud. Estos muchachos —que entonces tenían veinte años y entre los cuales se encontraban Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Rafael López, Jesús Acevedo, Diego Rivera— ya habían aparecido en el escenario cultural de México: en 1906 habían fundado la revista *Sabia Moderna* (heredera de la *Revista Moderna* y nieta de la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera) y en 1907 armado un escándalo contra la segunda *Revista Azul*. Lectores de la tradición helénica, ambiciosos y cercanos al espíritu humanista se lanzaban ahora, aprovechando el escándalo desatado por Vázquez Gómez, al asalto de la educación, no de manera frontal como lo hacían los católicos, sino maquiavélicamente: conocedores de la ambigüedad del juego político, organizaron entonces un homenaje a Barreda que en realidad era una crítica al positivismo y una manera de presionar a Sierra en sus planes de refundación de la Universidad. Lo que buscaban con este juego no era sólo el poder cultural y educativo, sino la incidencia en un proyecto nuevo dentro de las instituciones: cambiar la educación y la cultura del país, pero desde dentro.

En ese grupo se encontraba José Vasconcelos. Oaxaqueño, hijo de un aduanero, criado en varios estados de la República a causa de la movilidad laboral de su padre; católico liberal, anticlerical, antiprotestante y antityanqui; egresado de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Escuela de Jurisprudencia de la Ciudad de México con la tesis *Teoría dinámica del Derecho*; formado en sus lecturas por *La educación* de Spencer, el *Emilio* de Rousseau, *El genio del cristianismo* de Chateaubriand y por *La evolución creadora* de Bergson; independiente tanto profesional como económicamente, Vasconcelos miraba con recelo no sólo el positivismo, que había creado una élite ajena al pueblo, sino la dictadura porfirista que la sostenía y que había provocado una terrible y profunda explotación del pueblo; tenía, como él mismo lo señala, una repugnancia personal por “la cosa podrida y abominable” del porfirismo.

Si por una parte Vasconcelos era afín al grupo de los ateneístas, por la otra, ligada a su temperamento desmesurado y totalizador, se alejaba de ellos. Vasconcelos creía en Madero, no así la mayoría de los ateneístas que, ambiciosos del poder cultural a través de las instituciones, esperaban el ascenso presidencial del general Bernardo Reyes, destacado funcionario del régimen de don Porfirio y padre de Alfonso y de Rodolfo, distinguido jurista y profesor.

Vasconcelos, sin embargo, estaba cerca de su sensibilidad —tan cerca que en 1911 sería presidente del Ateneo. Como ellos —y como antes de ellos los románticos y el poeta William Blake— criticaba a la Razón y a la Ciencia como interpretadoras absolutas de la realidad; como ellos, también encontraba en Nietzsche el ideal heroico; en Schopenhauer la estética de la voluntad, el misterio del desinterés, y en Bergson la prédica antiintelectual, la fe en la intuición como vía del conocimiento.

Ese grupo que, con su homenaje a Barreda, se había ganado las simpatías de Sierra, preparó, con motivo de los festejos del centenario de la Independencia, un ciclo de conferencias. La última de ellas, impartida el 22 de septiembre, fue la de Vasconcelos: “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”. Hijo del libro que dio nacimiento a la universidad en el siglo XII y del pensamiento crítico que nació con ella, Vasconcelos, so pretexto de homenajear a Barreda, hizo en aquella conferencia una crítica del positivismo; una exposición de las ideas que movían a los ateneístas, y un elogio a la libertad del conocimiento y de la enseñanza. Promovió también un libro: *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. Pero, sobre todo, formuló una idea fundamental que estaba en el espíritu del nacimiento de la universidad, que Vasconcelos y los ateneístas habían encontrado en el mismo Schopenhauer y que formaría, junto con el “libro”, el impulso que diez años después estaría en la base de su proyecto educativo: el desinterés del conocimiento puesto al servicio de un proceso civilizador y trascendente.

¿Con aquella conferencia Vasconcelos buscaba, como los ateneístas, incidir en el desarrollo de la reciente fundación de la universidad e ingresar en sus filas para transformarla?

Sí, en el sentido de que al criticar el positivismo buscaba mostrar una ruta de lo que para él y sus compañeros significaba el conocimiento y la educación; no, en el sentido de ingresar en la universidad para incidir directamente en ella. Vasconcelos, como él mismo lo dice, tenía un trabajo seguro y muy bien remunerado. Además, estaba involucrado en la lucha maderista contra Díaz. De hecho, desde 1909 dirigía el semanario *El Antirreeleccionista*, había acuñado, según dice él mismo, el lema “Sufragio efectivo no reelección”, organizaba mítines y era muy bien visto por Madero, quien lo había buscado para su causa.

El desinterés, que Vasconcelos entendía como fundamento de la cultura y de la civilización, tenía antes que encarnarse en un sistema político que lo hiciera posible. Madero, su lucha republicana y democrática, y el desprendimiento que el propio Madero había mostrado al abandonar su cómoda posición de hacendado para desafiar la dictadura de Díaz eran esa encarnación. Con él a la cabeza del país, la universidad, la cultura y la edu-



Vasconcelos acompañado de Rafael Zubarán Capmany, entre otros, en la Biblioteca del Congreso, Washington, 1914

cación podían hacer lo que hasta ahora no habían podido: civilizar a la nación, darle una vocación, un sentido y una trascendencia. Lo tenía claro, pues al llegar Madero al poder, Vasconcelos, nombrado presidente del Ateneo por los propios ateneístas, no sólo le cambió el nombre por el de Ateneo de México, sino que fundó la Universidad Popular Mexicana frente a una Universidad de México que no acababa de despegar, jaloneada por los cambios políticos y por la lucha que científicos y católicos llevaban a cabo por su control. El Ateneo había dejado de ser un grupo de intelectuales y artistas que aspiraban al poder cultural para convertirse, como bien dice José Joaquín Blanco, en “un ministerio de cultura extraoficial” que, aglutinando un impresionante catálogo de intelectuales y artistas, ponía al servicio del pueblo la cultura y el saber mediante cursos, conferencias, conciertos, recitales impartidos gratuita y desinteresadamente.

Aquella restitución al espíritu universitario y a la democracia que el país se debía a sí mismo, duró poco. La intelectualidad porfirista, que no estaba dispuesta a ver mermados sus privilegios, las incomprensiones entre Madero y los zapatistas, la prensa hostil, las ambiciones militares y la injerencia del embajador norteamericano concluyeron con la Decena Trágica, el asesinato de Madero, la usurpación del “chacal” Huerta y el estallido de la Revolución.

No sólo la única democracia que el país vivió desde su Independencia había sufrido un revés del que tardaría casi un siglo en recuperarse, sino que la Universidad de México y la Universidad Popular —que andando el tiempo Vasconcelos incorporaría a la propia Universidad Nacional como extensión de divulgación— sufrieron una especie de atrofia bajo los vaivenes de la guerra.

Durante esos años, Vasconcelos no volvió a hablar sobre educación. Mientras algunos de los ateneístas, como Reyes y Rivera, tomaban el camino del exilio, y otros,



Vasconcelos con Gustavo Madero, Juan Sánchez Azcona, Jesús Urueta, Luis Cabrera y Eduardo Hay, entre otros, durante una sesión del Partido Nacional Antirreeleccionista, 1909

como Caso y Henríquez Ureña, trataban de mantener a flote la educación y la cultura aferrados a esas pequeñas balsas que eran la Universidad Nacional y la Universidad Popular, Martín Luis Guzmán y Vasconcelos se unieron a la Revolución. El primero para narrarla, el segundo para defender la democracia.

Vasconcelos, como su contemporáneo Charles Péguy en Francia, defendía una vida republicana y democrática que, a falta del esplendor cristiano del mundo medieval, permitía al menos rescatar sus valores fundamentales: el heroísmo, el honor, el desinterés, la libertad y la civilización. Mientras Péguy, después de una larga lucha al frente de los *Cahiers de la quinzaine*, partió a las trincheras de la Primera Guerra Mundial para defender los ideales republicanos contra la dictadura alemana, Vasconcelos —casi veinte años menor que él—, que había combatido desde el Ateneo y desde los centros antirreeleccionistas el estrecho egoísmo positivista y la “cosa abominable y podrida” del porfirismo, tomaba el camino de la revolución para combatir la barbarie de las dictaduras caudillistas; defendía a Quetzalcóatl —advocación cristiana de un Santo Tomás que había llegado, según la leyenda sostenida por fray Servando, a cristianizar México—, contra la barbarie de Huitzilopochtli —advocación de todos los caudillismos. Si, a diferencia de Péguy, no fue al frente de batalla, aprovechó, en cambio, su saber intelectual para ponerlo al servicio de la lucha; había comenzado el viaje del Ulises criollo en busca de la Ítaca de la civilización.

EL PERIPLO DEL ULISES CRIOLLO

Después de ponerse al servicio del ejército constitucionalista, de escapar de la prisión que Huerta le había re-

servado y de huir a Londres y a París para sabotear los empréstitos que pretendía lanzar Victoriano Huerta (1913); después de ser nombrado por Carranza director de la Escuela Nacional Preparatoria, de renunciar a ella por no declararse incondicional del gobierno carrancista, de escapar de la policía ayudado por Felipe Ángeles, y de participar en la Convención de Aguascalientes donde, por encargo del general Villarreal, Presidente de Debates, formuló el estudio jurídico de la Convención: “La Convención Militar de Aguascalientes es Soberana” (1914), Vasconcelos fue nombrado Ministro de Instrucción Pública por el general Eulalio Gutiérrez, Presidente Provisional Electo en la Convención de Aguascalientes.

Temperamento intempestivo, Vasconcelos no olvidó que su función no era la del guerrero, sino la del educador. Hijo fiel del espíritu universitario, sabía que una nación se hace fuerte no por sus políticos, sino por sus educadores y artistas. Así es que en medio de las pugnas de las facciones que no respetaban al gobierno convencionalista, Vasconcelos se dio a la tarea de reorganizar la universidad, la educación y la cultura. En el breve periodo que duró su mandato, y haciendo a un lado las disputas ideológicas, apoyó a varios jóvenes intelectuales, algunos de los cuales habían colaborado en el ministerio y en la Universidad Nacional de México durante la época de Huerta; apoyó también a intelectuales revolucionarios. No importaba la edad o la filiación política, sino la calidad intelectual. Organizó un debate con cincuenta universitarios destacados donde se discutió la mejor manera de dar autonomía a la universidad. De aquellas discusiones surgieron tres documentos que son los antecedentes más lejanos de la autonomía universitaria: el Proyecto de Ley de Independencia de la Universidad Nacional de México, una propuesta de reglamentación y un largo memorándum introductor. Intentó, además, federalizar la educación pública elemental y secundaria.

Un mes y medio duró el mandato de Vasconcelos y su intento por refundar la universidad y darle un sesgo civilizador a la educación. El gobierno convencionalista, bajo los embates de las facciones, tuvo que desaparecer y Vasconcelos se exilió en Estados Unidos.

En el exilio escribió y publicó cuatro libros fundamentales: *Pitágoras, una teoría del ritmo*, *El monismo estético*, *Prometeo vencedor* y *Estudios indostánicos*.

Estos libros, como una continuación de su conferencia “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, y como un intento por rescatar el espíritu de la universidad para ponerlo al servicio de una cultura distinta a la europea y hasta entonces ignorada, son una polémica con las corrientes predominantes del momento, sobre todo con aquellas que en su cientificidad se pretendían absolutas y querían determinar el quehacer de la universidad, de la educación y de la cultura —positivismo, determinismo, evolucionismo social, prag-

matismo...—, y un intento por pensar un nuevo espacio cultural. En esos libros, Vasconcelos arremete contra el monopolio de Europa como modelo a seguir y propone, siguiendo a la Grecia de Pitágoras y a la India de Buda, una América con una cultura original y una personalidad independiente regida por la estética. Vasconcelos buscaba una síntesis de la cultura universal para que, como lo dice José Joaquín Blanco: “Iberoamérica se liberara de interpretaciones imperialistas”, se dotara de instrumentos de conocimiento y, posteriormente, realizara “un sistema que [...] organizara e impulsara el pensamiento de la raza”. ¿O no era así como, sintetizando las grandes culturas de la época —el cristianismo y el mundo griego—, había procedido la universidad desde su fundación en el Medioevo? ¿No era así como se habían creado las grandes culturas nacionales que se ñoreaban Europa? ¿No era así como América, despreciada por la férula europea, debería construirse ahora y dotarse de un sentido y de una vocación?

Con ello, Vasconcelos se vinculaba al espíritu original de la universidad, pero era necesario redescubrirle una nueva trascendencia, acorde con los nuevos tiempos. La encontró en la estética. Para Vasconcelos, espíritu cristiano y liberal, espíritu, además, humanista, en el sentido en el que lo fue la universidad original y, en consecuencia, antirracionalista y antipositivista, la vida no era una sucesión de hechos analizables, como lo pretendía el positivismo, sino la fuerza general que los animaba. “Concebimos el universo entero —dice haciéndose eco de Bergson en *La evolución creadora*— como la obra multiforme de la energía”.

Esa energía, que estaba en potencia en la realidad mestiza de México y de Iberoamérica, debía ser desatada por la estética —síntesis emotiva de esa energía— mediante los libros, la educación y la cultura, universos que desde la conquista no sólo habían estado acaparados por las élites, sino que servían a los egoísmos caciquiles y bárbaros.

Vasconcelos, que sabía que la cristiandad había desaparecido, que sabía también que había que rescatar la sustancia que animaba su espíritu educativo y civilizador y que, al igual que Péguy, comprendía que la decadencia de la mística liberal conllevaba la decadencia completa del cristianismo, vio en la estética una función redentora que modificaba éticamente al hombre al dirigir su energía hacia una superación espiritual, hacia lo humano, lo angélico y, por fin, lo absoluto. En este sentido, Vasconcelos ya no dirá con la cristiandad y la universidad: “La verdad los hará libres”, sino, como el espíritu cristiano de Dostoievski: “La belleza los hará libres”. Frente a la falta de fe que, oscurecida por los racionalismos, hace imposible conocer la verdad, Vasconcelos pone como punto de referencia la estética: lo tangible que comunica con lo absoluto o, como decía Lanza



Vasconcelos con José Isabel Robles, Francisco Villa, Emiliano Zapata y Felicitas Villarreal, entre otros, durante el banquete que Eulalio Gutiérrez, presidente de la Convención, ofreció en Palacio Nacional, 1914

del Vasto —discípulo católico de Gandhi y contemporáneo de Vasconcelos—, “las muchas moradas que hay en la casa del Padre”, es decir, en la casa de la Verdad.

Para darle un cauce mayor a la estética hizo algo más: trasladó el sentido de la resistencia cultural india contra el imperialismo británico —que con Gandhi alcanzaría su más alta cima— a las ruinas prehispánicas, “confiriéndoles —dice José Joaquín Blanco— [una] función política de resistencia ‘inquebrantable’ y las vincularía a la gran tradición occidental cristiana para dinamizarlas.

El Ulises criollo, que había zarpado de la Ítaca mexicana perseguido por el caciquismo, se había enriquecido en los puertos extranjeros y ahora buscaba retornar a su patria.

LA VUELTA DE ULISES CRIOLLO Y LA REFUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Ulises criollo volvió en 1920. Obregón, general triunfante de la Revolución, lo invitó a regresar y, el 4 de junio, el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta lo nombró rector de la Universidad de México, el más alto puesto educativo nacional, después de que Carranza y el artículo 73 de la Constitución Mexicana suprimieron el Ministerio de Instrucción Pública.

“Llego con tristeza a este montón de ruinas [...]”, dice la conmovedora y memorable frase con la que Vasconcelos abrió su discurso de toma de posesión de la rectoría. La frase y el discurso todo no eran retórica. Eran el testimonio de una década que había dejado un millón de muertos; de una universidad que en cuatrocientos años no había logrado darle rostro a la nación mexicana y cuya existencia, desde la refundación que de ella había hecho Justo Sierra en 1910, se reducía a



José Vasconcelos en una pintura de Alarcón, 1958

una “mezquina jefatura de departamento”. Era también el anuncio no sólo de que la Revolución, como lo señala Christopher Domínguez, “podía tener un corolario distinto al de la sangre”, sino, además, de que la Universidad podía por primera vez ser fiel, en la historia de la nación, a su vocación original: la reflexión crítica y la acción civilizadora dentro de un mundo nuevo.

Independientemente de la ideologización que los gobiernos emanados de la Revolución hicieron de las concepciones de Vasconcelos sobre la educación; independientemente de la manera en que esos mismos gobiernos se apoderaron de su retórica para hacerla servir a un nacionalismo grosero y folclórico, ese discurso reivindicaba el espíritu de la Universidad. Por fin, la relativa paz que significó el triunfo de Obregón y de un gobierno interino y el deseo tan largamente acariciado de los ateneístas, particularmente de Vasconcelos, de refundar la cultura de una nación que una clerecía ciega y un miope racionalismo ilustrado y positivista le habían negado, permitían devolverle a la Universidad de México su condición de motor civilizador y cultural.

Tal y como había sucedido en la Europa cristiana y como lo habían tratado de hacer los misioneros del siglo XVI —hijos de la universidad, del libro y del cristianismo que la parió—, la Universidad encontraba por vez primera en México su vocación. Si ella había nacido con el libro y el libro, para desgracia del país, había servido sólo para encumbrar una clase que explotaba a una población que en 1910 tenía 80 por ciento de analfabetas y que había hecho estallar la Revolución, ahora, esa misma Universidad, redescubriendo su verdadera vocación, se convertía en el motor que ponía el alfabeto,

los libros y su saber al servicio de todos e intentaba civilizar a la nación, hacerla entrar en la dinámica no de una grandeza económica, sino trascendente, que estaba en el propio corazón del mestizaje. No una universidad europeizada y elitista, sino una universidad nacional y latinoamericana que, retomando lo mejor de la tradición de Occidente, pero también lo mejor de la tradición de Oriente, del pasado indígena mexicano y del mestizaje, fuera una universidad mexicana.

Desde que Vasconcelos tomó posesión de la rectoría, la Universidad no sólo abrió por vez primera sus aulas a la nación, sino que fue la base que permitió la reconstitución del Ministerio de Educación Pública desde donde Vasconcelos, bajo el gobierno electo de Álvaro Obregón, continuó su labor dinamizadora.

De 1920 a 1925, periodo que abarca su ministerio como rector y como Secretario de Educación Pública, Vasconcelos, sin tomar en cuenta partido ni ideología, aglutinó a los mejores profesores, intelectuales y artistas del país, y movilizó a un pueblo para entregar el alfabeto, el libro y la cultura a todos.

La labor fue descomunal. Una campaña alfabetizadora se lanzó por todo el territorio; se produjeron enormes tiradas de libros clásicos y se crearon bibliotecas a lo largo del país. Los misioneros culturales y sus bibliotecas ambulantes llegaron a poblaciones remotas. Bajo la inspiración de Tolstói, se rehizo la actividad artesanal y pueblerina; bajo la de los pintores de iconos y de frescos del Medioevo y del Renacimiento, se pusieron a disposición de los artistas las paredes de las instituciones públicas; se realizaron construcciones y reconstrucciones de escuelas y de edificios bajo los patrones de una arquitectura mestiza: la colonial; se dio asilo y empleo a intelectuales latinoamericanos, y se invitó a volver a los intelectuales y artistas mexicanos que estaban exiliados a causa de la Revolución; se editó la revista *El Maestro*; se inauguraron los edificios del Instituto Técnico Industrial que tiempo después se convertiría en el Instituto Politécnico Nacional; se rescataron bailes y expresiones culturales autóctonas; se formaron centros de pequeñas industrias populares (corte, cocina, artes domésticas, albañilería, electricidad, mecánica, carpintería, conservas...).

Con su política, Vasconcelos le devolvía la primacía a la moral de servicio y al saber desinteresado que habían estado ausentes de la vida universitaria y de la educación en México y con ello liberaba a la universidad y a la educación de su servilismo a la ciencia y a los intereses políticos; le devolvía también la capacidad filosófica, independiente y crítica que está en los libros y su sentido de la trascendencia. Contra lo que la universidad y la escuela habían sido: un sistema de sumisión a las ideologías en boga, Vasconcelos y Antonio Caso —que lo sucedió en la rectoría cuando Vasconcelos asumió el car-

go de Secretario de Educación—, les devolvían el libro, la belleza y, con ellos, la discusión, la libertad, la espontaneidad, el desinterés y el sentido trascendente del conocimiento. El escudo y el lema —“Por mi raza hablará el espíritu” —, que Vasconcelos creó en 1921 como símbolo de la universidad, hablan de ello: el soplo del espíritu (años después dirá, precisando, del “Espíritu Santo” como una restitución al mundo cristiano en el que la universidad nació), expresión de la sabiduría trascendente y sobrenatural, es el que anima a la raza, a la cultura y a la educación, es su principio y su fin.

La antidemocracia, que se había vuelto a apoderar del alma de Obregón y del grupo en el poder, y las pugnas ideológicas que habían nacido con el nacionalismo revolucionario y las ideas socialistas, folcloristas y populistas del callismo lanzaron de nuevo a Ulises criollo al mismo y vasto periplo al que la Revolución lo había arrojado: el de la lucha por la democracia y por el retorno a una Ítaca de la que por segunda vez había sido echado.

A pesar de ello, Vasconcelos, en el año que pasó como rector de la Universidad de México y en los tres que fungió como Secretario de Educación Pública, no sólo dejó una verdadera universidad en el país y unificó la educación, sino que devolvió a ésta su espíritu humanista, independiente, ajeno al abrigo de la ciencia y al financiamiento de las ideologías en boga; una institución dedicada al saber y al servicio de la crítica y de la cultura.

Sin esa universidad no hubiera habido la polémica nacionalista, el muralismo, la crítica de los Contemporáneos, el desarrollo del país, los movimientos del 68, las luchas democráticas, el zapatismo. Ella ha producido, a lo largo del tiempo y gracias al libro, a la crítica y a la libertad de pensamiento, las corrientes que vivifican a la nación.

LA UNIVERSIDAD HOY Y EL LLAMADO DE ULISES CRIOLLO

Hoy, la Universidad ha entrado nuevamente en crisis, como lo mencioné al inicio de este ensayo. No la asedian la clerecía que señoreó a la Real y Pontificia Universidad de México; tampoco las corrientes positivistas que intentaron adueñarse de ella cuando Justo Sierra logró refundarla como Universidad Nacional de México, sino una nueva forma de pretensión científica o de nueva barbarie: la que nace del imperio de la economía y de los grandes consorcios trasnacionales.

Después de la gran reforma de Vasconcelos, la universidad ha ido cayendo en una pendiente semejante a la que el propio Vasconcelos remontó en su momento, una pendiente que, como entonces, pide una reforma que le devuelva su espíritu.

En este momento —más de cuatrocientos cincuenta años después del nacimiento de la universidad en Mé-

xico—, una revolución comparable a la que en las proximidades del año 1160 permitió su aparición en Europa se está gestando. En aquel entonces la página acústica de la *lectio* fue desplazada por un aparato, el libro, que permitió una lectura silenciosa y crítica. Hoy, sin embargo, un nuevo artefacto se interpone entre el texto bibliométrico y el lector: la computadora y su pantalla. Este aparato —el mismo que “bombea” datos para obtener financiamiento— al igual que los accesorios que a lo largo del tiempo habían acompañado al texto (las miniaturas arborescentes del *codex*, los grabados en madera, los aguafuertes, la fotografía), ha ido desplazando al texto hasta convertirlo, con los programas de *Lotus* o de *Windows*, en un accesorio de la imagen. En esta nueva forma de la percepción ya no se busca —como decía al principio de este escrito— entender a un autor por la lectura crítica de sus contenidos, sino percibir el relámpago de un mensaje, sin sentido ni substancia. Las ilustraciones que se ven en las pantallas de las computadoras o en los libros pretendidos científicos, y a las cuales acompaña un texto, ya no son textos, sino diagramas, planos isométricos de las cosas, virtualización de la realidad.

El gran cuestionamiento que lanza Vasconcelos desde este siglo XXI y desde el lema que precede a la universidad —“Por mi raza hablará el espíritu”— es: ¿cómo impedir que la universidad y el progreso del texto dirigido al estudio crítico de la realidad, a la formación de la cultura y a la búsqueda de la trascendencia terminen devorados por las pretensiones científicas, el *text management* y la indiferencia estilizada de esa empresa de la información sin sentido ni significado que hoy llamamos ciencia? ¿Cómo reformar y cuidar esta institución que nació hace más de ochocientos años en Europa y hace más de cuatrocientos cincuenta años en México para que no termine transformada en un monstruo al servicio de las nuevas formas bárbaras e inhumanas de nuestra ciencia tecnologizada y de nuestra relativización posmoderna, y vuelva a servir —como sirvió en la época de Vasconcelos— a la cultura y al espíritu de la vida y de la nación?

Estas preguntas, que se alzan a favor de una reforma educativa semejante a la que Vasconcelos realizó en su momento, están esbozadas de alguna forma en estas palabras que el propio Vasconcelos escribió en *De Robinson a Odiseo*:

Conservar la cultura y difundirla, aumentarla por obra de la investigación y la creación, organizar y defender el alma nacional, reglamentar y crear el profesionalismo, colaborar en la educación pública, construyendo una aristocracia del espíritu y con ella aconsejar, dirigir los destinos patrios con miras de universalidad; tal es, en resumen, la tarea de las universidades.